

HISTORIA MÍNIMA
DE LOS FEMINISMOS EN AMÉRICA LATINA

Dora Barrancos



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

Prefacio

11

Introducción

17

PRIMERA PARTE

Feminismos en México, Centroamérica y el Caribe

Notas introductorias, 47; México, 51; Guatemala, 69;
El Salvador, 74; Honduras, 78; Nicaragua, 83; Panamá, 87;
República Dominicana, 91; Cuba, 95; Costa Rica, 100

SEGUNDA PARTE

Feminismos en América del Sur

Notas introductorias, 109; Venezuela, 112; Colombia, 118;
Ecuador, 129; Perú, 137; Bolivia, 145; Chile, 155; Paraguay, 168;
Brasil, 177; Uruguay, 188; Argentina, 198

POSFACIO

Feminismos latinoamericanos del siglo XXI

Notas introductorias, 213; #NiUnaMenos y la campaña nacional por el aborto en Argentina, 222; Mayo feminista en Chile: insurgencias desde la Universidad, 229; Mujeres movilizadas por la paz en Colombia, 235; La mayor movilización de mujeres en la historia de Brasil: “Ele não”, 239; Feminismos con tonos nativos y los juicios de *Abya Yala* a la justicia patriarcal, 244; La cruzada contra la ideología de género, 251

Notas bibliográficas, 259

PREFACIO

No se nace feminista, de la misma
manera que no viene embutido en la
especie el orden patriarcal

Este libro se propone narrar de modo sucinto el largo periplo de las acciones protagonizadas por las feministas en los países latinoamericanos. El objetivo central es que amplios públicos puedan conocer los aspectos fundamentales de las luchas por los derechos de las mujeres sostenidas en cada uno de los países de la región. Aspiro a que se adviertan al menos las principales acciones emprendidas por las participantes en los ciclos históricos transcurridos desde su aparición como fenómeno, inicialmente acotado, en cada una de las sociedades de América Latina, hasta la experiencia inédita de nuestros días en las que se asiste a una “masividad” de la inscripción feminista. Ese propósito fundamental obliga a que el planteamiento resulte necesariamente selectivo respecto de la miríada de acciones desarrolladas por las activistas en América Latina. Es necesario también decir que el periodo investigado se detiene, en los diferentes territorios, en los procesos del siglo xx y sólo por excepción se introducen acontecimientos acaecidos en el siglo xix. Pero el capítulo final, que obra como posfacio, presenta una síntesis de lo que ha estado ocurriendo en las casi dos décadas del nuevo siglo, los desafíos de los feminismos renovados en la mayoría de los países, pues se asiste a una coyuntura excepcional de renacimiento de las demandas vinculadas sobre todo a la violencia y a la legalización del aborto. Quedarán de lado no pocas experien-

cias en cada país, toda vez que se trata de revisar las cuestiones más importantes de las agencias que hicieron posible la obtención de derechos para las mujeres y que, más allá de los zigzagueos, acabaron solidarizándose también con las luchas de quienes resultaban discriminados a causa de su orientación sexual y de género. Las movilizaciones de las feministas han sido fundamentales para otros colectivos en procura de reconocimiento y dignidad, aunque no ha sido fácil concitar alianzas y reconocimientos mutuos. Y aunque hoy se ha tornado amigable la identidad feminista debido a la masividad de la acogida de las exigencias de equidad entre los géneros, todavía concita prevenciones e incluso denostaciones. Ahí radica todavía su carácter insurgente, pues nada debería estar más lejos de la apuesta feminista que la adaptación, la resignación o la incuria. En el pasado, decirse feminista era llamar la atención acerca de la posibilidad de una confusión sexual, un plano inclinado de pérdida de la *esencia femenina*, una amenaza a roles que era menester preservar para no poner a las sociedades patas para arriba. No se veía fuera de lo común el epíteto de *marimachos* arrojado a conjuntos de militantes. Por eso resultaba corriente cierta cautela en materia de adhesión feminista, una confesión que en lo posible se evitaba. Pero muchas militantes solían pronunciar con absoluta llaneza su identificación con los reclamos feministas y hasta se permitían cálculos sobre el impacto de sus expresiones que podían sonar a un revulsivo. Tal vez éste haya sido —y siga siendo— el propósito agregado del alineamiento con las luchas por la equidad entre los géneros, por la igualdad de oportunidades en todos los órdenes de la vida social, cualquiera que sea la inscripción sexo-genérica. En todas las sociedades los varones fueron a menudo sorprendidos por el alcance de las demandas, y muy especialmente por el presunto caos social y moral que podía arrojar la incorporación de las mujeres a la vida política, su inscripción en actividades no convencionales. En todos los territorios hubo reacciones y no sólo masculinas. Muchas mujeres no deseaban adherirse al ideario feminista, aun cuando en algunas regiones los contextos

patriarcales habían transformado bastante las prevenciones. En efecto, hubo medios político-sociales que resultaron atravesados por las manifestaciones progresistas, por agencias liberales más radicalizadas y por socialistas. Allí donde la masonería hacía un lugar a la denominada “masonería por adopción”, hubo un cierto resquebrajamiento de la misoginia y hasta puede asegurarse que muchos grupos anarquistas entraron en crisis a raíz de las mayores exigencias enarboladas por sus adherentes femeninas.

Pero no podría cerrar este prefacio sin aludir a la situación general de América Latina como contexto gravitante de la incorporación de las agencias feministas, y me explayaré sobre el concepto de *agencia* que usaré a menudo en este recorrido histórico. Una amplia bibliografía sociológica emplea el vocablo *agencia* para informar de las acciones que emprende un grupo humano en su voluntad por obtener determinados objetivos, especialmente por conquistar derechos. El término *agencia* en este libro se emplea para dar a conocer los colectivos femeninos empeñados en transformar las condiciones de existencia, en modificar la falta de reconocimiento y la subordinación social. Los movimientos integrados por las mujeres decididas a la conquista de derechos entrañan la constitución de agencias toda vez que sostienen un programa de reivindicaciones. Agenciar en torno de prerrogativas que eliminen la inequidad sintetiza la larga saga de las formaciones feministas en los diferentes países de América Latina.

El siglo xx fue altamente convulsionado en toda la región, y sus consecuencias centrales han sido —y en buena medida siguen siendo— la vulnerabilidad de la mayoría de sus poblaciones expuestas a la explotación económica y a la segregación social, al dominio de poderosos grupos económicos en gran parte internacionales, con enormes dificultades para alcanzar ciudadanía plena. Entre la mayoría de las poblaciones indígenas, campesinas y en la vastedad de los sectores trabajadores en diferentes ramas de actividad con salarios depreciados, las mujeres han sido las menos reconocidas y las más victimizadas por la pobreza. Desde luego no han

sido pocas las transformaciones habidas toda vez que pudieron intervenir gobiernos de corte popular y orientados a la distribución de la renta, que significaron oportunidades para ampliar el mercado interno y el empleo, controlar los procesos de concentración de riqueza e incrementar la equidad entre los sectores sociales.

Pero más allá de las políticas distributivas vividas en la región, resulta moneda corriente que las tasas de participación en la población económicamente activa (PEA) de las mujeres latinoamericanas en promedio no sobrepasaban 34% a mediados del siglo pasado, aunque en todos los países se constata el mismo fenómeno del subregistro censal por razones valorativas patriarcales: en todos los países el trabajo femenino estuvo castigado por la escasa legitimidad ya que las funciones imperativas han sido las hogareñas. La excepción en cualquier lugar fue el desempeño en la docencia, puesto que la enseñanza de párvulos era de absoluta adecuación a las funciones naturalmente prescritas para las mujeres. La brecha salarial entre varones y mujeres fue de más de 50% en un buen número de actividades en las primeras décadas del xx, por ejemplo, en la industria del calzado, y muy segregada en industrias caracterizadas por la radicalidad obrera, como la gráfica, en donde casi no se admitía mujeres en los puestos de mayor calificación, como la tipografía. Pero al finalizar el siglo, la brecha remunerativa pudo disminuir bastante y se ubicó quizá en torno de 25%, y aunque las mujeres pudieron calificarse singularmente desde los años 1960, década en la que ingresaron de modo masivo a las universidades, y se desempeñan en la actualidad en actividades que les eran escatimadas —cuando no impedidas—, como investigar en laboratorios dedicados a biología molecular, pilotar aviones comerciales, actuar como juezas y presidir naciones. Gran parte de esos cambios tuvo que ver con la saga de los feminismos y con las luchas que sostuvieron, con la persistencia con que actuaron sorteando coyunturas aciagas, recuperándose tras sangrientas dictaduras.

Al cierre de este libro se observa nuevamente una América Latina amenazada por las fórmulas neoliberales que siempre han sig-

nificado un azote para las mayorías y que han vulnerado mucho más a las mujeres, en cualquier caso las peor colocadas en el mercado laboral, con altas tasas de desempleo y sobreexigencias de desempeño para suplir la retirada del Estado de los resortes básicos de la sobrevivencia. Se ha asistido a insurgencias populares en varios países y, de manera trágica, se ha interrumpido el sistema democrático en Paraguay, Honduras, Brasil y muy recientemente en Bolivia, país que está viviendo regresiones ominosas de discriminación, hostilidad y persecución a sus propias poblaciones aborígenes que constituyen, además, la enorme mayoría de los habitantes. Se observan violentas acciones represivas contra quienes defienden el orden constitucional, pero se asiste a resistencias valerosas, y es particularmente conmovedora la decidida acción de las mujeres.

Ojalá que este texto sirva para ayudar a muchas congéneres a sacudir las adhesiones esencialistas y a otorgarse una nueva subjetividad en cauces liberadores, pero esperamos también que unos cuantos varones abandonen las actitudes patriarcales. Es una invitación para que abduquen definitivamente del largo usufructo de una jerarquía que no tiene asidero, que no responde a ningún mandato natural, ni sobrenatural, pues ha sido fruto de una insidiosa construcción sociocultural a lo largo de los tiempos.